

nal de nadie, por alta que sea su posición en la estructura eclesial. Y el sacerdote deberá tener conciencia de su irrenunciable responsabilidad sobre su vida íntima para reaccionar con firmeza —desde lo más hondo de su existir— dando un sí a Cristo que llama. Pienso por eso que el planteamiento de la *Priestly Identity* mejoraría si ampliase el tratamiento acogiendo en su óptica ese espinoso temario que también espera un discurso de consolación. Temas como la amistad sacerdotal, la fraternidad vivida de verdad en el presbiterio presidido por el obispo —sin obviar la posibilidad de negaciones y serias dificultades—, la soledad, la calumnia, el sacerdote pecador, la injusticia infligida —casos reales, por supuesto—, merecerían un lugar en estas páginas, por lo demás muy bien elaboradas.

El libro concluye con un epílogo y una lista bibliográfica extensa y actual. Quien tome entre sus manos estas páginas no perderá el tiempo y hallará en ellas textos para la oración personal y también claridades de estudio que le ayudarán en la brega diaria. Mi sincera felicitación a Fr. McGovern por este trabajo importante.

Enrique DE LA LAMA

Ramón TREVIJANO ETCHEVERRÍA, *La Biblia en el cristianismo antiguo. Pre-nice-nos. Gnósticos. Apócrifos*, Verbo Divino («Introducción al Estudio de la Biblia», 10), Estella (Navarra) 2001, 488 pp., 16 x 23, ISBN 84-7151-91-9.

La colección de manuales *Introducción al estudio de la Biblia*, promovida por la Asociación Bíblica Española culmina —aunque todavía falte por publicar el tomo 3a, dedicado al Pentateuco— con este volumen de Ramón Trevijano sobre la primera exégesis cristiana. El libro tiene, además, otro contexto en la producción de su autor, ya que está en el centro de un tríptico que conforma con dos manuales que publicó antes: *Orígenes del cristianismo. El trasfondo judío del cristianismo primitivo* (Salamanca 1995) y *Patrología* (Madrid 1994). De esta forma, Trevijano proporciona al lector interesado una exposición homogénea del contexto en el que nació el cristianismo y de sus primeros desarrollos.

El volumen está dividido en tres partes: la exégesis patrística hasta el Concilio de Nicea, el gnosticismo cristiano y la literatura apócrifa. La primera trata de dos temas estrechamente trabados: la exégesis de los Padres y la determinación del canon. El vínculo es lógico, pues la recepción cristiana del Antiguo Testamento está muy determinada por la exégesis que se hace de esos libros. El autor examina los procedimientos exegéticos del judaísmo —el *derash*,

la *halaká*, la *hagadá* y el *pesher*— y su continuación en la exégesis cristiana. Obviamente, no deja de señalar que, en la actualización de la Escritura en la figura de Cristo resucitado, la novedad cristiana va más allá de un procedimiento literario. A este propósito, resume el uso de la alegoría y la tipología en los Padres más destacados. Después, dedica un capítulo, el cuarto, a estudiar cómo la comunidad cristiana fue reconociendo como sagrados a los textos del Nuevo Testamento. Finalmente, dedica un capítulo al estudio de los principales exegetas, uno por uno. Ya que aquí cambia de metodología —no clasifica por temas, sino que hace un estudio más bien histórico—, no puede evitar la repetición de temas mencionados en páginas anteriores.

En la segunda parte —sobre el gnosticismo—, tras analizar las fuentes, la historia de la interpretación y la caracterización básica del gnosticismo, se detiene en cuatro temas propiamente gnósticos: el conocimiento, la antropología, la visión de Dios, y la comprensión de las Escrituras. Ya en la presentación el autor había advertido que «tanto el gnosticismo como la literatura apócrifa son campos de notoria actualidad» (p. 15). No es de sorprender, por tanto, que Trevijano ofrezca una explicación detallada de las teorías gnósticas, de sus pretensiones, de su relación con el cristianismo, y del reto que suponía este movimiento para la expresión cabal del mensaje cristiano. Define el gnosticismo como una de las ideologías que ha tratado de dar respuesta a las cuestiones básicas sobre la identidad humana. Este movimiento cultural aborda los temas basilares de la vida. Su punto de partida es la deficiencia de la situación del mundo. Para alcanzar la salvación hay que trascender las limitaciones. La salvación llega, por tanto, por el reconocimiento del propio origen divino. El conocimiento sería, como tal, redentor, pues libera al hombre de su ignorancia respecto al Dios trascendente. Quien alcanza el conocimiento de Dios como Luz comprende su conflicto con el mundo y con los poderes hostiles que lo controlan. El gnóstico descubre dentro de sí lo bueno y lo divino como algo nuevo, desconocido, ajeno al mundo. Identifica el yo esencial con la mente, de modo que el cuerpo no sería sino un vestido del alma. Por eso, la escisión en el concepto de Dios —entre el Dios trascendente y desconocido y el Dios creador de este mundo— es característica del gnosticismo. Es evidente que esta noción acaba por devaluar la figura de Cristo, y que la especulación mística no tiene más remedio que prescindir del recuerdo histórico. Y en este punto los herejes acaban por renunciar a lo esencial de la revelación cristiana: la intervención histórica de Dios en la historia de los hombres.

Para el estudio de la tercera parte —los apócrifos del Nuevo Testamento—, divide el material en cinco apartados: cartas apócrifas, tradiciones de dichos, tradiciones de relatos, hechos apócrifos y apocalipsis apócrifos. Intenta es-

tudiar los documentos, especialmente los encontrados recientemente, sin incurrir en los tópicos de quienes quieren descubrir en esos textos una primera comunidad cristiana problematizada. Muchos de estos escritos pertenecen a un ambiente gnóstico, y, por tanto, reflejan una teología correspondiente a su ideología, aunque también se encuentren en ellos ideas priscilianistas, docetistas, encratitas, etc. El autor reconoce las dificultades que se presentan en el estudio de los documentos que pueden contener estas *tradiciones*, puesto que están mezclados con manipulaciones y con imaginaciones de la piedad popular. Sin embargo, casi todos los textos presuponen el conocimiento de los escritos canónicos. La importancia histórica de estos escritos varía: algunos son una simple imitación para colmar lagunas (Carta a los Laodicenses), otros, una posible manipulación (Evangelio secreto de Marcos), otros (Epistula Apostolorum, Diálogo del Salvador) pueden considerarse como un puente entre los primeros testimonios de los escritos canónicos —Papías— y exegetas posteriores como Ireneo. Muchas veces los estudiosos se inclinan por la anterioridad del apócrifo. Sin embargo, no existen datos objetivos que retrasen estos apócrifos al s. I, y lo más probable es que los mismos apócrifos tomaran elementos de la tradición canónica (i.e. PEGerton 2). En cuanto a los *hechos apócrifos* proceden de ambientes muy variados: van desde el ambiente romanizado de Asia Menor o África del Norte del s. II (Hechos de Pedro), hasta uno más bien gnóstico (Hechos de Andrés), o maniqueo (Hechos de Juan y Hechos de Tomás). Los *apocalipsis* cristianos tienen un gran interés por su continuidad con el movimiento apocalíptico judío. En el cristianismo perduró el mundo de representaciones y el estado de ánimo de la apocalíptica judía, aunque con la modificación radical que aportaba la fe en la actuación salvadora de Dios en la historia y en el mundo por medio de Jesucristo.

La obra en su conjunto es original y ambiciosa. Los amplios conocimientos bíblicos y patristicos del autor le han permitido escribir un nuevo tipo de manual. Son numerosas las historias de la formación del canon neotestamentario, van apareciendo manuales de exégesis patristica, y hay varios estudios generales de la literatura gnóstica y apócrifa. El mérito de este estudio es la unión de los tres campos y una gran capacidad de síntesis. Especialmente interesante es la vinculación del estudio del canon con la exégesis patristica, ya que se puede decir que el proceso canónico es un proceso interpretativo: interpretación del Antiguo Testamento y del primer *kerygma* sobre Cristo.

Tal como recuerda el documento de la Pontificia Comisión Bíblica, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, uno de los campos de estudio de la exégesis de la actualidad es el del acercamiento canónico, que interpreta cada texto bíblico a la luz del canon de las Escrituras: la Biblia en cuanto recibida co-

mo norma de fe para una comunidad de creyentes. El estudio de la exégesis antigua debe iluminar la recepción de los textos sagrados en el seno de la Iglesia y su comprensión. Por esto, en una obra tan abarcante sobre la formación del canon, sorprende que haya pocas referencias a las obras de autores como Childs, o Sanders y a las ideas del *acercamiento canónico*. De la misma manera que relaciona los descubrimientos de escritos apócrifos con la tercera búsqueda del Jesús histórico (cfr. pp. 367-272), en el apartado del canon podrían haberse añadido algunas páginas en torno a la *discusión teológica* contemporánea sobre el canon. Por otra parte, fiel a su opción metodológica de permanecer en los tres primeros siglos, Trevijano no acaba de explicar el cierre del canon. Explica su formación, pero sin hacer explícito el fin relativo de este proceso en el siglo cuarto. Hay que tener en cuenta que el lector no-especialista podría preguntarse cómo tenemos hoy en día un canon fijo cuando en la Iglesia primitiva no parecía tan cerrado.

La literatura gnóstica —sobre todo tras los descubrimientos de manuscritos en versión copta, especialmente el de *Nag Hammadi*— puede servirnos para entender la base sobre la que trabajaron los heresiólogos, y acceder a la discusión de los primeros siglos, donde se fueron perfilando las pautas decisivas para una comprensión de los misterios. El mismo interés suscita el tema de los apócrifos, porque, al estudiar estos textos que han quedado fuera del canon cristiano, puede clarificarse un poco más cómo la comunidad cristiana reconoció la fe que luego transmitió. En la actualidad, el estudio de esos textos es poco menos que imprescindible para el investigador. Por eso, es un reto para el exegeta católico debatir una valoración excesiva de la nueva documentación, puesto que algunos autores influyentes —muchas veces con cierto prejuicio contra la doctrina cristiana— consideran que estas fuentes serían de mayor antigüedad y, por tanto, de mayor importancia que los escritos canónicos. El estudio debe encaminarse a prestar atención a la historia de la comunidad transmisora de la fe y a los documentos que testimonian el período fundante. El autor muestra las teorías y las conclusiones hechas a partir de los estudios científicos de las fuentes recientemente descubiertas, y se esfuerza por distinguir los elementos que han de tenerse en cuenta de lo que son meros prejuicios. Un ejemplo. Son frecuentes las alusiones a las ideas de H. Koester, que Trevijano trata con respeto aunque lo critique en más de un lugar. Koester argumenta la existencia de posibles escritos no-canónicos contemporáneos de los evangelios. Estas primitivas tradiciones serían tan importantes para conocer los orígenes cristianos como los evangelios canónicos; sólo un prejuicio dogmático, dice Koester, lleva a dar prioridad a éstos. La primera respuesta de Trevijano (pp. 352-354) parece confusa y algo débil; más adelante, sin rechazar lo positivo que podrían contener las teorías de Koester, Trevijano acierta a explicar que muchas

de esas ideas «quedan determinadas por el apriorismo del postulado de la anterioridad de las versiones no canónicas» (p. 395).

En suma, se trata de un manual complementario de la historia de exégesis antigua, con una amplia bibliografía por tema y un resumen por capítulo que ayuda el estudio sistemático. El libro es claro. Son pocas las veces en las que, al resumir demasiado, el autor no consigue explicarse bien. Las páginas sobre el canon del Nuevo Testamento sufren quizá por exceso de síntesis. Trevijano llama a S. Ireneo «el primer teólogo del canon neotestamentario» (p. 117) pero en el libro no se acaba de descubrir el realce de sus ideas sobre el canon. Por contraste, ofrece en pocas páginas una explicación excelente de la formación del corpus paulino. Dicho esto, cualquier pequeña observación no merma en ningún modo su mérito. El estudio merece la atención del experto y del alumno.

Vicente BALAGUER